

Entrada libre

De la fe al fatalismo

Hayden White

Esta reseña de la primera edición estadounidense del libro de Nicola Chiaromonte, *The Paradox of History. Stendhal, Tolstoy, Pasternak, and Others*, apareció originalmente en el suplemento de libros del diario *The New York Times* el 22 de septiembre de 1985. Sirvan estas observaciones del autor de *Metahistoria* —así como los dos ensayos siguientes de Nicola Chiaromonte— para recordar el centenario del nacimiento del autor de *La paradoja de la historia* (INAH). Traducción de Antonio Saborit.

Nacido en Italia en 1905, Nicola Chiaromonte inició su larga carrera en contra del fascismo al oponerse a Mussolini. Salió al exilio en 1934, y luego de vivir varios años en París, se unió al escuadrón aéreo de André Malraux para luchar en la guerra civil española. Vivió en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, en donde se hizo amigo de Dwight Macdonald, Mary McCarthy y otros, y colaboró en publicaciones como *Partisan Review*. Después de la guerra, Chiaromonte regresó a Italia para trabajar como crítico de teatro y como editor, junto con Ignazio Silone, de la revista político-cultural *Il Tempo Presente*.

La paradoja de la historia, cuyo material fue expuesto en una serie de conferencias en la Universidad de Princeton en 1966, se publicó originalmente en Inglaterra en forma de libro en 1970, dos años antes de la muerte de Chiaromonte. En seis ensayos, el autor reflexiona en lo que para él son las nociones fundamentales de las relaciones de los individuos con los acontecimientos históricos que afianzan los cimientos de sus sociedades y derrocan a civilizaciones enteras. Chiaromonte encuentra que no es en las obras de los filósofos, de los

Chiaromonte da por hecho que el fatalismo es la estructura fundamental de la fe en la cultura moderna de Occidente.

científicos sociales o de los historiadores donde estas ideas aparecen representadas con más agudeza y son analizadas con mayor profundidad, sino más bien en las novelas de los “realistas” como Stendhal, Tolstoi, Roger Martin du Gard, Malraux y Pasternak. En un esfuerzo por representar la experiencia de la historia con sinceridad y honestidad, cada uno de estos escritores revela un aspecto diferente de la naturaleza fundamentalmente “paradójica” de la existencia histórica. En las representaciones literarias que ellos ofrecen de “la paradoja de la historia”, Chiaromonte descubre un posible antídoto para la “fe en la Historia” que han producido las ideologías totalitarias de nuestro tiempo.

Chiaromonte da por hecho que el fatalismo es la estructura fundamental de la fe en la cultura moderna de Occidente. Esto explica, desde su perspectiva, el materialismo, el egoísmo, el culto a la fuerza bruta en la vida social y política y la general “mala fe” de nuestro tiempo. Él se interesa en la manera en que se produjo esta situación y en el modo en que es posible trascenderla por medio de la renovación de la fe en los valores de la libertad y de la justicia para todos. Y está interesado en la restitución de las virtudes de la acción principista, de la tolerancia, de la fraternidad y de la honestidad en las vidas de los individuos efectivamente privados de confianza en la política.

La argumentación de Chiaromonte relativa a cómo fue que llegamos a nuestra lamentable situación actual es sencilla, pero su elaboración es compleja. Según él, la creencia cristiana en la Providencia, que hiciera las veces de la idea informadora y de la fuerza motivante del desarrollo de la cultura occidental durante casi dos milenios, en el siglo XIX fue reemplazada por un equivalente secular, la fe en la inevitabilidad del progreso humano por medio del avance del conocimiento científico y del creciente control sobre el mundo natural. De ahí la tendencia en los tiempos modernos a volver hacia el estudio de la historia en busca del secreto de la vida social y de la clave para entender la condición humana. De ahí también todas esas filosofías, ciencias y mitos de la historia, desde Hegel y Marx hasta llegar a Hitler y Stalin y más allá, que pretenden develar el sentido del pasado, predecir el futuro y recetar programas políticos para la rápida realización de lo que se puede tener por inevitable.

El fracaso de todos esos programas en nuestro tiempo de cara al desarrollo verdadero de los hechos, el cual culmina en un ciclo de guerras, revoluciones y conflictos raciales que parecen estar fuera del control humano, ha llevado al renacimiento de la fe en el destino y en ese nihilismo destructivo

que es la consecuencia de todos los fatalismos. Chiaromonte sintetiza la situación en los siguientes términos:

Esto quiere decir que los hombres empezaron a sentir que ninguna fe era suficientemente fuerte para resistir la presión de los *faits accomplis*. Hay un paso muy pequeño entre este estado de ánimo de duda y desasosiego y la triste conclusión de que las creencias a fin de cuentas no importan, y de que en la política como en el arte, en el arte como en la conducta personal, lo único que vale es la voluntad de actuar. Con o sin convicción, quien actúa tiene la razón. Éste es el punto en el cual la mala fe comienza a establecerse y en que una ideología preestablecida toma el lugar de una convicción formada en libertad. Lo falso sustituye a lo genuino.

Se trata de una argumentación conocida, y ya lo era en 1966, a resultas de las obras de Karl Popper, Karl Loweth, Hannah Arendt y muchos otros liberales y humanistas que ya habían vinculado la fe en la historia con el totalitarismo como la causa con el efecto. La originalidad de la versión de Chiaromonte radica en su concepción del tipo de saber que nos hace falta para enfrentar la falsa visión de la historia propagada lo mismo por los ideólogos, los científicos sociales y los historiadores “objetivos”. Lo que necesitamos, dice Chiaromonte, no es tanto una información objetiva sobre lo que “sucedió realmente” en el pasado, sino ideas sobre las formas en que las personas conciben su relación con la historia, bajo condiciones diferentes y en diferentes contextos. Ese conocimiento, sostiene Chiaromonte, sólo se puede producir por medio de la “narrativa y de la dimensión de lo imaginario... Cualquier otra aproximación está destinada a ser general y abstracta”. De manera más específica, la relación de los hombres con los acontecimientos históricos sólo puede representarse adecuadamente por medio de las imágenes de esta relación que se encuentra en la “gran narrativa del siglo XIX, cuyo propósito expreso era dar la historia verdadera, más que la oficial, del individuo y la sociedad.”

Es por este motivo que Chiaromonte se concentra en las imágenes de la historia que se encuentran en las obras de Stendhal, Tolstoi, Martin du Gard, Malraux y Pasternak. Estos artistas literarios nos ofrecen representaciones de la experiencia humana de los acontecimientos históricos que son más ciertas (puesto que son más honestas) que las de los mismos historiadores. Al artista literario le interesan menos los acontecimientos *per se* que las formas en que el ser humano experimenta los acontecimientos. La paradoja fundamen-

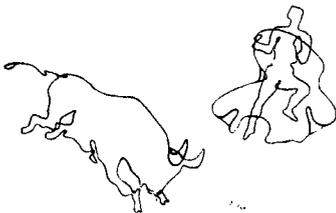


tal de la experiencia humana radica en el hecho de que sólo somos capaces de cumplir nuestra individualidad como miembros de comunidades que tienen la obligación de establecer límites a la expresión de la libertad humana en aras de los intereses de algún ideal de justicia para todos. La aprehensión de esta paradoja es la base de una gran narrativa realista y es la verdad que en ella se revela, aún en contra de las intenciones concientes de los escritores metidos a imponer un patrón preconcebido en los mundos que describen.

Ya sea que se aproxime al asunto desde el punto de vista de la relación de la realidad y de las apariencias (Stendhal), del libre albedrío y el determinismo (Tolstoi), la responsabilidad individual y la responsabilidad social (Martin du Gard), el héroe y el destino (Malraux) o el hombre y la naturaleza (Pasternak), un artista genuinamente realista siempre revelará que tales relaciones son de una naturaleza paradójica. Esto quiere decir que son al mismo tiempo reales e inaccesibles a la razón. Que se pueden aprehender en su condición paradójica pero nunca serán entendidas racionalmente. Se trata de verdades existenciales y como tales tienen un efecto solvente en todas las doctrinas que se ofrecen como soluciones definitivas a los enigmas de la vida en comunidad.

Sólo que si “la paradoja de la historia” disuelve todos los sistemas de creencias, despeja el camino a la fe en la necesidad de sumarse a otros en la creación de comunidades comprometidas con la realización tanto de la libertad como de la justicia. En este sentido, la noción de paradoja cumple la misma función que la del “absurdo” en el pensamiento de Albert Camus, amigo de Chiaromonte. Atrapar la paradoja de la historia es estar en el camino de lo que Chiaromonte llama una “conversión... a la inmediatez de la naturaleza y de la experiencia, al contacto con las cosas, una por una, en su desorden original; a lo que incluso podríamos llamar nihilismo” en el sentido del “regreso del individuo a un estado en el que se le coloca de cara a sí mismo, a la sociedad y al mundo, y está obligado a confrontar la verdadera naturaleza de ellos si en realidad desea distinguir lo esencial de lo que no lo es.”

Esta nota existencialista en el discurso de Chiaromonte es sin duda la que explica la incomprensión con que los comentaristas británicos recibieron el libro cuando apareció por primera vez, como sostiene Mary McCarthy en su postfacio a la edición estadounidense de *La paradoja de la historia*. Esta misma nota existencialista hace que la obra me parezca un producto total de su tiempo —y de los tipos específicos de experiencias de la historia que Chiaromonte se vio obligado a soportar—. Hay una buena cantidad de sabiduría en *La paradoja de la historia*, el tipo de sabiduría que sólo se puede



poseer como resultado de haber vivido un cierto tipo de existencia. El testimonio de Chiaromonte es convincente.

Si se acepta la selección de escritores que Chiaromonte emplea para plantear su argumentación (Balzac, Mann, Proust o Conrad, hasta Dickens, le habrían sido más útiles que Malraux, Martin du Gard o Pasternak), parece adecuada su tesis principal relativa al tipo de conocimiento sobre el "mundo real" que podemos derivar de la narrativa. Si se aceptan sus interpretaciones de ciertos escritores, como Flaubert y Hugo, la condena al "esteticismo" del primero y el "misticismo" del segundo parecerán correctos a quien quiera que crea que la forma en que uno ve la historia es un asunto de ética más que de ciencia, religión o estética.

Y si el libro es ambiguo en sus conclusiones y "vago" (como les pareció a algunos de los primeros comentaristas) en cuanto a lo que tenemos que hacer para salir de nuestra mala fe, a mí me parece que es consecuencia de su premisa de que no contamos con un "conocimiento" capaz de decirnos cómo debemos vivir nuestras vidas como individuos. Lo que tenemos, dice Chiaromonte, son sólo creencias y las convicciones, sostenidas con mayor o menor firmeza, que emergen de ellas. Nuestras vidas pueden acabar mal o (relativamente) bien. Pero sea como sea, no podemos encontrar una justificación posible en la creencia de que nosotros no somos responsables de lo que somos, de cómo vivimos y de la calidad de nuestras relaciones con los demás. A fin de cuentas, no podemos echarle la culpa de nuestra condición a la historia, toda vez que la historia no es sino la suma total de todos los acontecimientos causados por los seres humanos de los que nadie se hace responsable.

... no podemos echarle la culpa de nuestra condición a la historia, toda vez que la historia no es sino la suma total de todos los acontecimientos causados por los seres humanos.

Albert Camus*

Nicola Chiaromonte

Muere un hombre: piensas en la expresión de su cara, en sus gestos, en sus actos y en los momentos que ustedes compartieron por tratar de recuperar una imagen que se ha

*Traducción de Miriam Chiaromonte y Antonio Saborit.